

La construcción siguió trabajando

LRG2090



Capítulo 1

ALIENTOS. Ojos. Humo. Tetas. Nalgas. Manos. Manos con vasos. Manos con botellas de plástico con agua. Manos queriendo agarrar algo que no existía. Todos estábamos ahí, siendo más masa que nunca. Haciendo literal lo de somos uno.

Cientos de rostros pálidos, con gotas de sudor que dejaban estelas brillantes sobre los poros de la piel. Mandíbulas tensas y pupilas hechas ojos. En otras circunstancias serían las características de enfermos, ahí éramos seres que brillaban, éramos lo más cercano a la esperanza que ya nunca podrá tener ningún ser sobrio, pero que sigue esperando hasta marchitarse.

Nos agitábamos con cualquier indicio de movimiento del micrófono o la aparición de cualquier wey en el escenario. La única fuente de luz era rojiza, se difractaba entre nosotros con una consistencia de caracoles sobre miel y emanaba de arriba de las tornas. El sonido de fondo era monótono y lejano, como un minimal chafa mezclado con los murmullos de los pensamientos de todos.

Nos parecía eterno ese preámbulo del concierto, Yo estaba con Carlo, con Rebeca, con Rodríguez y con Fabio. Estábamos emocionados, era mi segunda vez que escucharía diysearse a Carl Cox. Habíamos hecho un esfuerzo (llegada anticipada, empujones y agandalles) para lograr colocarnos cerca del escenario, y justo empezaban a pegar las primeras tachas cuando pensaba en lo exacto, preciso y perfecto de la sucesión de eventos. Sólo faltaría que esa noche terminara en cama con Rebeca. Me decía a mí mismo con cierta esperanza.

Yo quería con Rebeca, también Carlo, y Rodríguez, y Fabio... todos queríamos con Rebeca, También el tipo que estaba detrás de nosotros arrimándosele, haciendo como que lo empujaban para acercarse más. A él también le estaba pegando la tacha, tenía las pupilas tan dilatadas que parecía un cangrejo, su rostro era el brillo en los negros ojos que sobresalían junto a una gran sonrisa involuntaria.

Se escuchó la retroalimentación de la estática de un micrófono. Como una corriente eléctrica atravesando de punta a punta o de miembro a miembro, se expandía una ola de euforia sobre la amalgama de humanos. Voltee a las tornas y Carl Cox estaba ahí con una sonrisa radiante que mostraba la gran brecha que le separaba los dientes frontales superiores. Metí la mano en la bolsa de la chamarra, tanteé el botecito de plástico que

contenía la reserva de sustancias.

Tenía la recurrente fantasía de ponerme una pastilla en los labios, girarme lentamente hacía Rebeca, hasta generar aycontact provocado por el peso de mi mirada en ella. Entre cerrar los ojos e inclinar poquito la cabeza. Inflar ligeramente los labios, ofreciendo la pastilla y perder el equilibrio lentamente el uno hacia el otro. Ella suavemente tomaría la pastilla de mis labios, con sus labios. Apenas tocando nuestras frías humedades de las bocas.

Lo había hecho antes y había funcionado, nunca con Rebeca.

Carl dejó caer el motherfuckerbeat después de decir: oh yes oh yes- y la cara de Rodríguez invadió mi campo visual. Sus ojos se volteaban como si estuviera buscando algo dentro, arriba en su cabeza. Murmuraba algo, pero a ese punto ya era imposible escuchar a nadie.

Junto a la cara de Rodríguez, en éxtasis mal viajado y rezando una frase repetidamente, estaba la cara de Rebeca. Exagerada de angustia, gritando y manoteando. Se veía hermosa, le quedaba bien la tragedia.

En medio de la banda y la música nuestro tiempo se dilataba, yo no podía ni escuchar ni entender las palabras, pero era obvio: Rodríguez estaba pasoneado, con tanta gente sentía que le faltaba aire.

Rebeca explotaba fácilmente en el rol maternal y nadie quería verse ante ella como el ojete que abandonaba al compañero de aventura por el egoísmo de experimentar y disfrutar un evento con las condiciones perfectas.

Así que en lugar de decirle a Rodríguez que hiciera lo que cualquiera hubiéramos hecho: Me drogo. Me hago responsable. Me siento mal en un concierto donde la gente está gozando de una experiencia hedonista que le da sentido a su estúpida vida. Me voy solo a desmayarme a algún pedazo de tierra y no le jodo la vida a nadie; Empecé a empujar hacia algún lugar afuera del ectoplasma que formábamos todos juntos. Carlo ya había tomado el rol del líder, yo solo era un ariete útil para la empresa.

Avanzamos un metro tal vez, era difícil decirlo. La nitidez del tiempo que se encarnaba en las siluetas danzantes, nos hacía olvidarnos de los obstáculos y chocábamos, nos apretujábamos y a veces podía sentir el cuerpo de Rebeca. También su aliento, lo podía distinguir entre todos los otros alientos, sudores y pedos que nos permeaban en nuestro avance.

Rodríguez seguía con su rostro pálido y sus ojos volteados, yo habría pensado que en realidad se sentía estupendamente bien pero no estaba acostumbrado a sentirse tan bien, tenía miedo.

Entre todo lo que pasaba no había sacado aún mi mano de la bolsa interna de la chamarra, ni mis dedos del botecito de plástico, y tenía aferrada una

pastilla.

Rodríguez flotaba y se dejaba dirigir por nosotros, que nos dejamos escurrir por entre las grietas de gente. Fluíamos entre sonrisas extasiadas, hasta chocar con una pareja que tenía cervezas en vasos rojos de plástico. Evidentemente no eran individuos que habían consumido sustancias típicas de este tipo de eventos, sino que habían estado bebiendo, y al ver sus cervezas o whiskys o wherever, volar y segundos después sentir la lluvia refrescante sobre de nosotros, su reacción fue violenta...

El tipo empujó al grupo completo usándome cómo ariete reversible. El impacto nos sacudió a todos, incluyendo mi brazo que forzó a mi mano a salir de golpe de la bolsa de la chamarra, sin permitir a mis dedos salir del botecito de plástico.

La cerveza ya había terminado de aterrizar, cuando una nueva lluvia se levantaba lentamente. Las pastillas, el polvo, los ácidos, las botellas de plástico con agua, los objetos que tenía Rebeca en su bolso, nosotros, todos volábamos. Éramos parte de la lluvia que se levantaba apenas unos segundos y caía a la oscuridad del inframundo. Todos caíamos, nosotros más rápido que los demás objetos y desbalanceados al aterrizar, veíamos angustiados perderse entre la banda al resto de los objetos. Todos cayeron hacia una zona oscura; el imperio de los cuerpos de la cintura para abajo... y yo los seguí.

Abajo el submundo era lóbrego. Pies que exponían una realidad diferente a la de arriba, no había sonrisas, apenas se sentía el movimiento y los beats del techno sonaban huecos...

...me puse inmediatamente a buscar entre el pasto y los pies a tanteos, desconocía lo que pasaba arriba. Por suerte la pastilla que tenía entre los dedos era la única que permanecía conmigo y sin pensarlo la comí antes de que se me derritiera entre las yemas. Luego vi una más cerca de un tenis, la palpe y me dije felicitándome: SI ES! Casi lloraba de emoción. Ahí estaba otra, alguien pisaba mi mano. Soporté el peso mientras el ritmo de la música hacía que levantara el pie nuevamente. Apenas la tome entre mis dedos, me la lleve a la boca. Luego igual con la otra, luego lo mismo con una colilla de cigarro y nuevamente con un chicle masticado hecho bolita. Hasta que encontré un ácido y triunfalmente lo comí también... para que no se desperdiciara entre mis dedos mojados.

En algún momento entre el bosque de piernas y raíces de zapatos vi a lo lejos a un tipo que estaba también buceando ahí abajo, pero no buscaba nada. Parecía estar meditando, apenas unos segundos de observarlo con sorpresa, él abrió los ojos y se giró hacia mí. Fue una situación algo crip. Su mirada era amigable, yo me volteé e hice como que seguía buscando algo. El cardumen de piernas en ligero movimiento se hizo denso y lo ocultó.

Sentía constantemente jalones a mí hoodie que me estrangulaban como los perros que salen eufóricos a pasear al parque, hasta que me giré y vi que allá en la superficie, la escena continuaba. El tipo de la cerveza tiraba un golpe a la cara de Carlo. Ahora sí, Rebeca se va con este guñey. Por un momento estuvimos en el fondo ambos, Rebeca me jalaba del hoodie como si me fuera a salvar de ahogarme, pero al ver que Carlo había caído se abalanzo como si fuera a interponerse entre el próximo golpe y la cara de Carlo. Y a mí me soltó, me dejó que me hundiera nuevamente hacía el fondo del oscuro mar de pies.

Obvio se iría con él porque le gustaban más las víctimas desafortunadas que los héroes oportunos. Por eso ni me molesté en salir a la superficie y golpear al tipo de la cerveza, y luego a su chica, jalar al grupo fuera del ectoplasma humano. Solo sañ hasta la superficie y jalé al grupo tomando de la mano a Rodríguez que seguía de pie con los ojos volteados y rezando... quien quiere ponerse violento cuando anda puesto en MDMA?

El resto del grupo se aferró mutuamente, bajaron sus miradas y aprovechamos que se abría una brecha entre la gente. Atrás el tipo de la cerveza y su pareja gritaban seguramente que les pagáramos la cerveza, o que los llevaremos a un concierto de banda, o qué se yo. Sólo podía verlos mover la boca bravuconeando con orgullo. Seguíamos chocando con gente pero los demás estaban como nosotros y sólo nos sonreíamos.

Apresurados empujábamos la membrana para salir lo más pronto posible, como si Rodríguez fuera a desangrarse. Finalmente llegamos a un stand que vendía bebidas. Hicimos fila por 20 minutos para comprar agua y después de tomarla Rodríguez vomitó.

Sabía desde antes de llegar al concierto que era una mala idea llevar a Rodríguez, era un godín de contabilidad y su ecosistema era su cubículo. Su escape la rutina. Se drogaba con trabajo para escapar de su deprimente realidad. Era incluso más deprimente que la del resto de nosotros, y eso ya es decir mucho. Fue por eso que Rebeca nos convenció de llevarlo y de darle de nuestras sustancias. Carlo se sobaba el cachete constantemente y Rebeca le ponía una botella de agua en donde había ocurrido el impacto. Nadie hablábamos, ni si quiera nos movíamos con el ritmo de los beats lejanos. Rebeca tenía la atención y su complejo de cruz roja hacía Carlo, quién hace unos momentos quería con ella y ahora con su propia idea de humillación, era incapaz de pretender algo con ella. La vida es una mamada.

Apenas pudo hablar Rodríguez para decir: - estoy bien-, nos fuimos a la zona de taxis. Gente continuaba a llegar al lugar y nosotros los esquivábamos como salmones nadando río arriba. Pedimos un Uber y nos subimos sin hablar. El taxi tenía música de boleros cantada por tríos a un volumen considerable, me hacía sentir que le emocionaban las letras y lo

estimulaban a manejar intrépidamente.

Discretamente volteaba a ver a Rebeca qué veía hacía afuera de la ventana o tal vez veía el reflejo en el vidrio. El taxista nos volteaba a ver intermitentemente por el retrovisor. Carlo continuaba a sobarse el cachete. Fabio veía hacía el frente como si condujera el auto con la mente. Lo hacía de tal manera que por un momento pensé que

era él quien estaba pensando todo esto. A un cierto punto debió de sentir mi mirada, pues volteo a verme lentamente y con una sonrisa que me recordaba al tipo que buceaba en el submundo de piernas. Yo dirigí los ojos al otro lado.

Rodríguez ya había recuperado el control y perdido el miedo y ahora sonreía estúpidamente. Todos nos transportábamos vertiginosamente sin hablar. El trio en la radio no dejaba de cantar sobre amor y su amada y sus promesas y sacrificios por el amor. Parecía que el amor era lo único y más importante en la existencia del universo, y Rebeca seguía perdida en la velocidad afuera de la ventana. O en la suciedad del vidrio...

El taxi dejó primero a Rodríguez, luego a Fabio, luego a Carlo y quedábamos sólo Rebeca, yo y el taxista... viéndonos constantemente por el retrovisor. El trio había comenzado otra rola, también hablaba sobre amor amor amor. Entonces pensaba que no era la radio, sino un compact que tenía el conductor, pensaba que podía ser uno de esos mp3 que tienen como 500 canciones.... 500 canciones que hablan de amor, millones de millones de canciones, poemas, cuentos, pleitos, sacrificios de amor por amor, y a veces sólo se trataba de coger pero no lo podíamos saber hasta después de un razonable número de cogidas con el ser-objeto del deseo.

Empezaban a pegarme las sustancias que me había metido en el imperio de los cuerpos de la cintura para abajo, tenía dificultad para decirle a Rebeca algo. Nada. Que carajos le podía decir, ella aún estaba puesta de la primera tacha pero leve, estaba más como soñolienta.

Llegamos a mi casa y quería decir tantas cosas, el taxista nos veía por el retrovisor, ella se acercó para darme un beso de despedida en el cachete, o más bien para pegar su cachete contra el mío y lanzar un beso al aire, tal vez a mi oreja.

Entendí! Así me decía : ciao, vete a casa. De hecho dijo: chao qué descansas-, todo sucedió tan rápido que sin darme cuenta ya estaba abajo del auto. Se cerraba la puerta. Se arrancaba el auto y yo no podía aún decir palabra.

Cuando finalmente abrí la puerta de casa, también abría la boca para decirme con una voz de ultratumba y un suspiro: Pendejo.

Entré a casa y de golpe vi a tres cucarachas gigantes. Digo gigantes en el sentido que eran grandes para ser cucarachas, no hay para qué generar imágenes ficticias con este relato. Eran como un comando especial que se habían colado por la ventana y ahora se daban cuenta que las había descubierto.

Me sentí intimidado pero no se los demostré, me quité un zapato y me dirigí hacia ellas, yo soy quien paga la renta de ésta puta casa con muchas horas haciendo un trabajo de mierda, con gente de mierda, y con resultados menos útiles que la mierda. No podía perder la dignidad en mi propia casa. Cuando me acerqué una de ellas se sintió acorralada y voló hacia mí. Puta madre! Las tres volaban.

Nos enfrentamos a lo largo de todo el depa y saí ileso... al menos físicamente. Una de ellas pereció, las otras dos estaban escondidas esperando reagruparse y tomar venganza. Pensaba en Rebeca, quería mandarle un mensaje o algo, era la época en donde en los Ubers secuestraban chicas, las violaban, hacían videos snuff con sus celulares y los vendían en Tepito. A ellas las tiraban en el canal de desagu"e Empecé a dejar de preocuparme por las cucarachas, por Rebeca, por el taxista y me sumí en un placer tan absurdo que el foco de la habitación que normalmente es de luz amarillenta, se volvía una esfera roja.

Estaba a punto de sucumbir a la ineludible dejadez que provoca el MDMA, y a las distorsiones visuales hipnóticas del LSD. Pero la imagen de Rebeca siendo violada, torturada, macheteada en pedacitos y grabada, me hizo que me pusiera de pie, esquivara las alucinaciones y saliera.

Hubiera sido tan sencillo haber tomado un Uber, y llegar hasta su casa. En ese momento imaginé que podía tocarme el viaje incorrecto y terminar violado, torturado, macheteado en pedacitos y grabado en baja calidad, con un formato de pantalla vertical; eso me animó a caminar hasta casa de Rebeca. Eso y el sentimiento de que el comando de cucarachas podría atacarme por sorpresa si me quedaba.

Mientras salía de casa me dije: No, en realidad a ti como máximo te podrían asaltar y matar. Olvida lo del protagonismo en la barra tepiteña del entretenimiento hard core. Pero que te asalten y te maten, eso te puede pasar en taxi o caminando con la misma probabilidad. Seguí caminando... si el riesgo era igual, al menos me ahorraría lo del Uber.

Arriba de la cornisa de una casa un gato me observaba. La calle se prolongaba hasta la verga, y el gato aún me seguía con la vista. Me hacía sentir indescriptiblemente indefenso, no porque me amenazara, sino porque él sí sabía cómo sobrevivir en ese lugar, a esa hora.

La calle nocturna me hipnotizaba con sus perfiles, sus contornos, sus ligeras nieblas, sus sombras. Todo junto se movía en un movimiento

infinito que nunca llega a ningún lado. Sentí algo de vértigo. Cucarachas sañían de las alcantarillas y se comunicaban. Confabulaban.

Hay más cucarachas en esta ciudad que cuando era niño, hay más cucarachas en el mundo, que ayer en la noche... estamos perdiendo la guerra.

Mientras las batallas se libraban silenciosas y en muchos casos inconscientes, yo caminaba con escalofríos, algunas veces eran tan fuertes que me daban ganas de tirarme a media calle. Ponerme en posición fetal y agradecer al universo por dejarme estar ahí, aunque fuera por un minuto más. Pero la certeza de que las cucarachas conspiraban me hacía recuperarme y caminar más rápido.

Tal como las imágenes, los sonidos también se vuelven más claros en la noche, pero sí encima has tomado una sustancia empatógena...fuf! los sonidos entran a los oídos cómo imágenes en 3D.

Podía tener una clara fotografía de los borrachos que se escuchaban en alguna calle cercana hablando de futbol o de política, intercalando las palabras arrastradas con gemidos. Y del perro que ladraba en alguna azotea pinche.

Me sentía más atento a todo. Caminaba de prisa, en silencio y volteando hacía todos lados. Lograba controlar los efectos de las sustancias enfocado en el miedo que me daba ser tan vulnerable ante las bestias urbanas. Podían ser taxistas sobre-excitados, asesinos peatonales, o simples policías cerdos haciendo uso de su micro poder. Qué en circunstancias como esa, podía decidir en dónde pasaba la noche o si podría ver de nuevo la mañana.

A eso me estaba exponiendo en ese momento, toda la gama de peligro humano estaba por ahí, en la potencial situación con la que podía estamparme de golpe.

Pensaba: qué vergas hice? donde se me ocurrió salir así a lo pendejo? Sañí así... tan natural. No se me ocurrió decirme nada? cuestionarme: qué haces idiota? vas a dejar la seguridad de tu pinche micro territorio? Todo para qué? Para que cuando llegues a casa de Rebeca, ella te responda al interphone medio dormida: Que lindo! gracias estoy bien, estaba dormida. No te preocupes, nos vemos mañana, descansa, besitos. plok... Y yo tenga que enfrentarme nuevamente a caminar de regreso sorteando la puta posibilidad de encontrar la muerte...así, sin preámbulos, sin prefacios de la muerte, ni epílogos de la vida, un guñeyen la oscuridad llega y te apaga la luz. Qué pasaría después? Qué importa!

Posiblemente mi cadáver aparecería en un periódico de morbo con una foto a color, buscando el ángulo que me favoreciera menos pero resaltara más, el sadismo de mi muerte y tendría un encabezado humillante tipo: "DesCARAdo CRIMEN!!" sí me encontrara con un grupo de sicarios sádicos

y me desollaran. “Por andar de PartyDO!” si me machetearan unos ejidatarios emputados contra la gente de la ciudad.

Estaba llegando al barrio de Rebeca, se podía ver pendiente abajo. La pequeña zona del conjunto habitacional en donde vivía estaba rodeada por un micro bosque. Atrás algunas tierras ejidales y más allá un cinturón de miseria bien nutrido, que parecía abalanzar se sobre la frágil burbuja residencial.

El camino de la banqueta descendía sinuosamente hasta una zona muy oscura. Se internaba en el barranco para rodear el bosquecito y entrar a la unidad. El lugar estaba hecho para gente que llegaba a él en auto. Tan sólo de imaginarme las posibilidades de lo que podía encontrar allá abajo, rosando tan provocativamente el territorio de la favela, me hizo que me congelara. Me quedé parado unos segundos, a medio paso, convencido de que cientos de ojos de todos los ángulos posibles, desde las sombras podían ver la situación. Un tipo parado inmóvil como si jugara a las estatuas de marfil en una calle vacía. En esas condiciones era sospechoso hasta para mí mismo.

Sin pensarlo, mi instinto me hizo girarme a la izquierda e internarme en el micro bosque para cortar camino. Mi jodido instinto me invitaba a salirme del nexo urbano a abandonar lo que evitaba que cayera en el salvajismo... la banqueta de concreto. Estaba seriamente preocupado por mí, continuaba tomando decisiones estúpidas como personaje secundario de una película de terror ochentera. La verdad, era solo por sexo. Había caído en la trampa... llámalo amor, sexo, reflejo reproductivo, familia feliz, era una trampa. Tenía que haber tomado el consejo de Vincent Vega: ve a casa y te masturbas.

Un hombre impotente debe de ser un hombre libre, y satisfecho... algo aburrido tal vez. Actualmente hay muchos tipos de entretenimiento.

... en medio del bosque, la oscuridad era intensa pero me podía guiar por las siluetas de los árboles que recortaban el fondo gris. Tal vez había luna, pero la nata de smog en el cielo no la dejaba asomarse. Era la ciudad que se iluminaba a sí misma reflejada en el domo.

Ahora los peligros eran aún más horribles aunque menos peligrosos, alacranes, víboras, perros salvajes, arañas viudas negras, mientras me decía la lista de tragedias encarnadas en animales, tropecé y rodee unos metros abajo hasta la cuenca de un río seco. Lejos de buscar incorporarme inmediatamente quería quedarme ahí, parecía el lugar más seguro desde que había salido de casa.

Si me devoraban los perros, el periódico pondría arriba de la foto de mis pedazos revolcados en la tierra: “La Perra hambre” no, mejor pondrían:

“CenAmoró perro no llegó”

El hueco en la tierra me llenaba de calor y seguridad, no era sólo que estaba hiper puesto, era la comodidad con la que cabía en ese ombligo... la sensación de ser pieza de un rompecabezas aterrizando en su lugar. Lograba incluso vencer el miedo a la posible araña capulín que podría haber estado trepando por mi cuello en ese mismo momento. Estaba en el lugar más hermoso de la tierra, si no era mamada todo ese rollo de Carlos Castañeda, ese hueco era mi círculo de poder. Todo había servido en mi vida para que yo pudiera llegar ahí. Y ahora que estaba ahí, todo tenía sentido, este lugar era el Aleph espiritual... claro que también estaba muy drogado.

Medité sobre mi siendo un feto, y saldría transformado de ese hueco a las 9 horas de la mañana, aunque luego lo pensé mejor y sí salía a las 9 am no habría estado 9 horas, sino 7. Porque calculaba que eran las 2 am... pero me tranquilizo el pensamiento de que metafóricamente también podría ser sietemesino.

También pensé que había caído en un portal y me encontraba en una zona interdimensional que me oprimía ligeramente con el filo de la división entre las dimensiones, y me hacían sentir abrazado, como apapachado. En ese momento deseaba que durará por siempre, tal vez dura aún por siempre, tal vez ahora aún sigo ahí en ese siempre sucediendo, tal vez ahora soy ese lugar y esa sensación para siempre atrapada en unos renglones.

Pero en una de las opciones dimensionales, la ciudad se empezó a despertar, el zumbido de los miles de carros que se encendían, los millones de pasos que se ponían en camino hacia destinos nefastos... los pájaros también empezaban a chingar.

Yo todavía no tenía pensado levantarme de ahí, por el contrario. Pero cuando escuché los pasos acercándose, quise sumirme en la tierra como si hubiera caído a las arenas movedizas, pero no. La superficie rocosa me mantenía ahí, no cedía. Y los pasos se acercaban más y yo sólo podía permanecer petrificado. Aguantaba la respiración como si me pudiera delatar y sólo movía los ojos. Intentaba localizar de dónde venían los pasos y ver a quién vergas cargaban esos pasos.

Torciendo los ojos al máximo pude ver una silueta y el terror que me recorrió fue aún mayor de lo que habría pronosticado. La silueta entraba aún más en mi campo visual, se colocaba justo enfrente, acomodando su parado para quedarse ahí en reposo tenso. No se sentaba, parecía estar esperando tras bambalinas su turno para entrar en escena.

No podía estar seguro si estaba parado de frente hacia mí, y tenía una mirada de gato que le permitía verme ahí echado. O si estaba dándome la espalda, observando románticamente el paisaje.

Pensé que si estaba ahí admirando el paisaje no podía ser uno que fuera a matarme,

los seres que son capaces de admirar cualquier cosa, tienen menos probabilidades de matarte. Son de los que no saben admirar nada de los que hay que cuidarse.

Poco a poco la luz gris se infiltraba entre los árboles y convertía la silueta en persona, era un tipo que desde ahí parecía peón de algún ejido. Gorra de beisbol, chamarra de mezclilla y porte de quién nació trabajando de forma ruda. No lograba ver el rostro pero ya armaba una fisionomía con esos detalles.

Clareaba rápidamente y ahora temía un poco menos a que me matará y más a que volteara y me viera pretendiendo mimetizarme en el entorno, acostado inmóvil con cara alterada y ojos brillantes.

Y entonces: lo predecible, el peso de mi puta mirada lo hizo voltear y buscar entre las hierbas hasta encontrarse con mis ojos...viéndolo.

Apenas me vio metió la mano a su chamarra y sacó una pistola gigante, literalmente, las 9 mm ya son grandes, pero está tenía silenciador así que parecía una pistola hechiza por niños que se había quedado en intento de rifle. Yo me cagué, no realmente pero mi cuerpo estaba en una inercia de soltar todos sus fluidos, cómo rindiéndose y abandonando todo lo que lo hacía vivo, tal vez para hacerle un favor al tipo y morirme sin molestarlo.

El tipo se había sorprendido pero se manejaba con seguridad, no parecía haberse asustado, solo sorprendido. Eso me espantó... no éramos de la misma madera.

Quería decir algo, pero como con Rebeca, no me salía nada. Sólo subí las manos.

¿Qué vergas estás haciendo hijo de tu puta madre? Dijo apuntándome a la cara. Yo hacía esfuerzos pero tenía la mandíbula dormida por la tensión muscular de las sustancias y la boca seca.

Te estoy hablando hijo de la verga, decía sin exaltarse, pero con firmeza. Solo me salió un quebrado: Me caí.

Suspiró y dijo decepcionado algo así como; vales verga.

Él no dejaba de apuntar y yo de tener las manos como si estuviera manos arriba pero seguía acostado, así que las manos no estaban hacia arriba, sino hacia el sur...sur oeste, porque para allá estaba el volcán del Ajusco.

Su rostro no parecía de jornalero, estaba disfrazado. Su rostro no parecía tan dañado por el sol como los peones. Tenía cuidada la piel. Debía tener sus 40 años o más, y su corte de pelo tampoco parecía de trabajador de campo.

Tengo que matarte cabrón- dijo, y lo dijo tan natural y parecía tan seguro de que era lo correcto, que seguramente asentí con la mirada. Se

escuchaban autos pasando cerca, voces, y un poco más a lo lejos, una construcción había iniciado labores. Estaban perforando piedra, eran los mismos que venían a talar lo que quedaba del micro bosque. Me decía Rebeca que se alcanzaban a ver desde su ventana y se escuchaban sus sierras en las noches.

El instrumento con el que perforaban la roca hacía un track-track-track tan consistente y con ritmo que me daba la sensación de escuchar una rola de Richie Hawtin. Una vez había dicho que cuando me muriera me pusieran en el funeral una rola de Richie, y ahora estaba irónicamente sonando ahí. Sentía una paz que hacía mucho no vivía, desde el jardín de mis padres...sentado sobre el pasto solo. Estaba echado en mi tumba.

Cada movimiento que hacía con su pistola, imaginaba que me disparaba, pues no parecía el tipo que te recita algo antes de matarte, o te apunta y aprieta lentamente el gatillo. Tenía la vibra de quien te dispara mientras habla, mientras respira, mientras se tira un pedo. Sin un marco especial para realizar la acción.

-Nada personal. Pero bueno, igual y no eres más que un pinche chango chaquetero que no vales para pura verga-. Sus palabras no eran las de campesino, tampoco su manera de hablar y a pesar de estar ocupado con mis observaciones, y el miedo no había cesado en mí, pensé que entendía de lo que hablaba.

En efecto yo representaba todo eso, era un primate primitivo con emociones y pensamientos básicos. Me masturbaba... debí de hacerlo anoche en lugar de venir a morir aquí como pendejo-. Pensé Y yo como de valor social? humano? y así...tampoco. Eso era lo que evidentemente él percibía de mi, por como vestía y me peinaba. Él veía fácilmente a un tipo de la ciudad, de esos frágiles y tibios con empleo modernete, mediocrementemente pagado pero pretensioso.

En su mundo yo era un ojete, un quiste social cuyo modo de vida y estilo de vida no aportaba nada a nadie que no fuera a mí mismo y a mi insatisfacción constante. Era antipático a todo lo que me hacía un ente social y vivía dentro de mi campo protector de vanidad.

-Allá abajo está un guñeque vino con abogados y policías, a quitarle un pedazo de tierra a los ejidatarios. El cabrón es dueño de varias empresas. Todas con impactos negativos, socialmente, ecológicamente y en fin humanamente hablando. El cabrón es una lacra que está haciendo puras ojetadas-.

Por lo que decía y como lo decía, dibujaba mejor su perfil. Semanas de entrenamiento para seleccionar personal en la industria de la seguridad me regresaban a las miles de entrevistas con aspirantes a esclavos y sus curriculum en mano, en una asquerosa oficina oscura... Era tal vez un maestro de sociología loco, un ex estudiante de filosofía resentido, o un

wey normal que un día le dio por hacerse el Che Zapata y se compró su pistolota.

Se estaba justificando, pero iba a matarme. No se puede estar listo para morir, pero te calmas mucho cuando sabes que es inevitable y que te matarán sin tortura. Por alguna razón, me sentía que en manos de un tipo que transpiraba seguridad y congruencia, mi muerte sería honorable. Mi cuerpo haría su verdadera función y se pudriría alimentando un poquito de un bosque moribundo. Y con el silenciador ni siquiera habría que pasar por el estruendoso disparo. Sería discreto y fugaz. Como cualquier fin en este universo.

Ni siquiera la idea del encabezado amarillista en el periodico de cada esquina de la ciudad, sobre la foto con mi cuerpo putrefacto me perturbaba: "Perforado en el hoyo lo dejaron" o "vino, vio y lo vieron"

El tipo dudó por unos segundos, lo vi bajar levemente el cañón y yo quería decirle: no dudes, no me decepciones. Jálale. Yo soy el instrumento de lo que odias, yo soy el escudo protector de quienes se hacen odiar, soy el que por conservar su estatus les aconsejaría como generar más odio. Levantó de nuevo la pistola y luego la bajó. Tendría que matarte para no arriesgar que no pueda matar a ese güey pero yo sí creo en la experiencia de la vida como algo sagrado... a menos que hayas venido a pasarte de verga-.

Te pagan? -pregunté sorprendiéndome más a mí mismo que a él con una voz y una duda que no supe ni de donde llegaron. Eres un pinche chango pendejo, solo desde ahí puedes entender las cosas- dijo levantando de nuevo la pistola.

Yo me decía que ahora sí me iba a disparar y con toda razón, pues aunque no piense normalmente de manera tan idiota, reconozco que está en mi naturaleza ser espontáneamente imbécil.

El sólo hizo la mueca de disparar y sé sonrió. -Si algo sale mal por tu culpa...pues para que te digo. Ese güey no vale el pedo en el que te meterías. Se dio la media vuelta y comenzó a bajar el montículo. Yo no me sentía aliviado, me sentía como si me hubieran dejado solo y desnudo con un casi orgasmo, mas humillado que relajado.

Tardé un rato en levantarme, pero cuando inicié el proceso me apuré, quería ver qué pasaba abajo. Escuchaba voces discutiendo. Cuando sañí del hueco y alcance la cresta en donde estaba parado el Che Zapata, vi al grupo de ejidatarios discutiendo, luego a algunos policías distraídos charlando entre ellos, y a otro tipo de traje y corbata, con otro tipo que llevaba ropa deportiva. Como de calentamiento para jugar tenis.

Sañía en ese momento, el Che Zapata del bosque, se acercó hasta el grupo caminando, y cómo si hubiera pasado cerca de un grupo de amigos a decir

hola, disparó. Disparó al tipo deportista, luego se acercó a donde continuaba a caer el cuerpo y disparó de nuevo. No se escuchaba ningún disparo, pero podía ver que había repercusión en el desganzado cuerpo del tenista. Y los demás en el grupo no se veían alarmados, no alcanzaban a comprender lo que pasaba. El tipo de traje parecía ser el único que se percataba de lo que pasaba pero se veía incapaz de créelo. Los policías fueron los últimos en darse cuenta de lo que había pasado. El Che Zapata se había esfumado de nuevo en el bosque. Ni siquiera hubo un intento de perseguirlo. La Construcción siguió trabajando.